

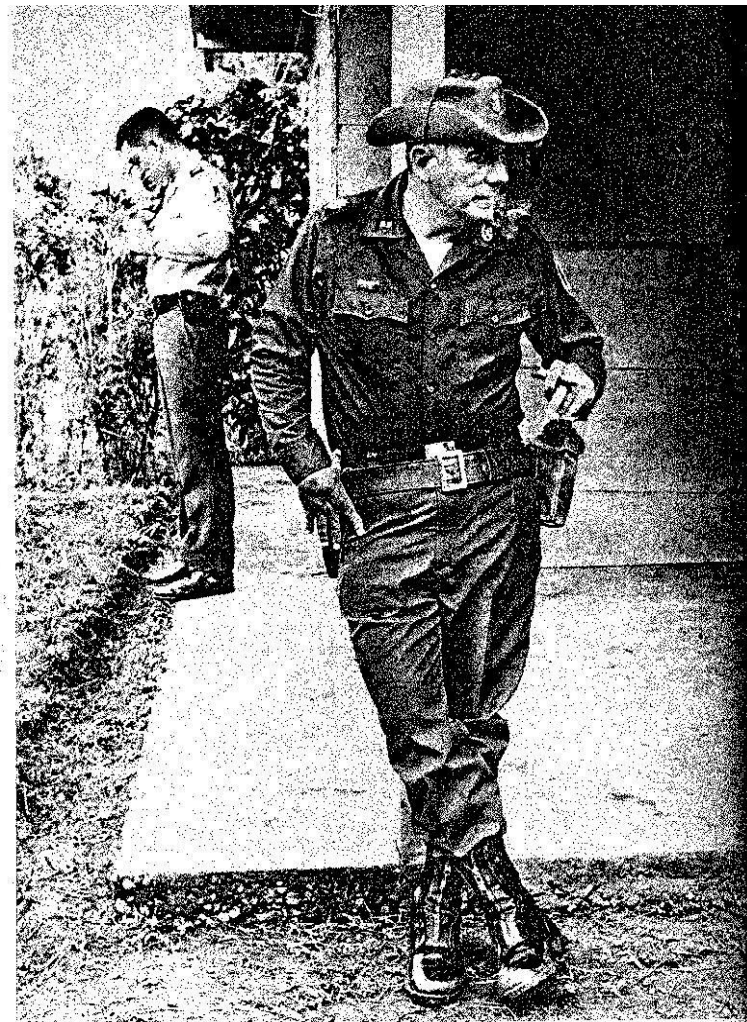
REPORTAJE EXCLUSIVO A OMAR TORRIJOS
LIDER DE LA REVOLUCION PANAMEÑA

48 HORAS EN LA VIDA DE UN CAUDILLO

Tengo 44 años, soy militar de carrera, empecé, ¿sabes?, desde muy joven; siempre me gustó ser un hombre de armas, pero tengo una sólida formación social porque siempre me gustó sentirme pueblo. (Hace una breve pausa mientras muerde la punta del habano, levanta la copa con agua fresca y se enjuaga la boca. Nuevamente fija en mí sus profundos ojos negros y prosigue.) El proceso de la revolución no es fácil explicarlo en dos palabras, no se puede contar qué significa; pero nosotros, los que actualmente gobernamos, no somos ni izquierda ni derecha. Creemos, sí, en un país profundamente nacionalista. No hay que olvidar que Panamá sufrió mucho a lo largo de su historia; si bien por un lado tenemos como gran proyecto la liberación del Canal, por el otro lado tenemos una población campesina que siempre estuvo postergada, que nunca pudo trabajar bien la tierra, y a la que todos los regímenes anteriores se encargaron muy bien de conservar analfabeta. (Vuelve a callarse. Parece que no tuviera ganas de seguir hablando. Se incorpora bruscamente, levanta el teléfono y comienza a dar instrucciones. Sus colaboradores se mueven en profundo silencio. A Omar Torrijos le gusta vestir ropas de fajina, se siente más seguro. Es alto, de contextura física fuerte. Llama mucho la atención la cantidad de habanos que fuma. El primer día que estuve con él llegué a contar unos treinta. Los habanos son cubanos, y los celofanes que los envuelven llevan impreso su nombre. A Torrijos le seduce acariciarlos len-

tamente, como un rito. Se dice que los cigarros son obsequiados periódicamente por Fidel Castro.)

—Mira, chico, esto de hacer la revolución es una vaina complicada, pero, ¿qué otro camino teníamos nosotros cuando estábamos viendo cómo se hundía la patria? Nosotros no somos una casta que nos gusta disfrazarnos de militares y jugar a los tiros. Si tenemos puesto el uniforme es para defendernos del imperialismo, que desde hace muchos años nos sacó la mejor parte de nuestro suelo. El Canal lo vamos a conquistar de nuevo y las tierras van a ser para los campesinos. Si no lo logramos no seremos buenos patriotas. (Siempre que aborda este tema se pone eufórico, gesticula con las manos, la mirada se vuelve inquisitiva, no le gusta escuchar demasiado y, cuando advierte que estoy por preguntarle algo, me interrumpe levantando la mano y, casi a gritos, continúa.) ¡Espera, espera! Para hablar de Panamá hay que caminar selva y montaña, conocer a la gente por su nombre y apellido como los conozco yo. Hay que sudar entre ellos. Si no es así, mejor callarse la boca. ¿Sabes por qué los campesinos me quieren? Porque me ven, saben cómo soy, qué quiero de ellos, porque me siento a la mesa con ellos para comer el mismo arroz, porque sé cuántos hijos tiene cada uno. Esto es lo que le exijo a la gente que me acompaña. La gran mística se da cuando el pueblo sabe que uno lo quiere bien. (Se revuelve nerviosamente en el sillón, prende otro cigarro, prosigue.) Muchos dicen que nosotros tenemos que te-



ner más valentía y ser más rápidos en impulsar el proceso; pero éste no es un problema de cojones. Ahora no hay más tiempo para dormir la siesta. Pero ¡ojol! no hay que correr demasiado pues nos podemos caer. Y eso es lo que están esperando desde hace cuatro años nuestros enemigos. Que nos caigamos. ¿Has entendido, cabrón?

(Después de esta breve charla en su despacho, tuve el privilegio de ser invitado por Torrijos a acompañarlo durante su visita a dos comunidades campesinas del interior de Panamá. A poco de producida la revolución de 1968, el líder de la Guardia Nacional creó multitud de cooperativas campesinas con programas de producción estructurados por técnicos. Pero para que cada comunidad se encargue de vigilar su propia producción, los propios campesinos eligen democráticamente su líder, quien debe llenar las siguientes condiciones: haber nacido y crecido en el lugar y, fundamentalmente, saber más que nadie sobre agricultura. No por ello el apoyo a Torrijos es total; en las dos comunidades visitadas, la mayoría de los agricultores se mantenía callada, escrutando fijamente la cara del general. El conoce muy bien esta característica y la emplea a su favor. "Me gusta que desconfíen un poco —dice—, así cuando vean que no les mentí me van a creer mucho más." El 25 de noviembre de 1972 llegamos a San Miguel Arriba, cuyo líder es un campesino analfabeta, de 50 años, llamado Saturnino, dueño de una sólida inteligencia natural. Lo que sigue es una transcripción textual de

lo que grabé en esa oportunidad.)

Torrijos. —¿Qué quejas hay que anda mal?



Saturnino. —Ahora mismo no tengo ninguna queja.

Torrijos. —Tú te callas, Saturnino. Cómo me vas a dar tú las quejas si eres el líder. A ver, los otros; digan las quejas que para eso vine. Vamos.

Campesino. —Nosotros no tenemos ninguna queja.

Torrijos. —¿Ya se defienden bien con Saturnino?

Campesino. —Yo tengo una queja. Saturnino no me trata bien cuando estamos plantando semilla, y anda rezongando a uno por ahí, diciéndole las cosas como él cree que deben ser.

Saturnino. —Vamos al hecho, ¿no? Yo lo vi plantando semilla así y así, y creo que así no se planta la semilla, ¿verdad?, porque así me lo enseñaron, ¿verdad?, y porque yo fui elegido por la patria, ¿verdad?, para cuidar el sembrado. Lo que pasa es que a nadie le gusta ver un trabajo cochino, ¿verdad?

Torrijos. —¿Pero cómo es esto? Yo creía que iba a estar más tranquilo, pero ocurre que no es así, porque yo tengo que cumplir con todos, y ni tengo tiempo de echarme un cañazo, pues. Lo que importa es ver si hay más bases de entendimiento. El problema es andar siempre pa'delante. Esta finca es de ustedes y lo que importa es que ustedes la tienen que defender, y muy



Torrijos en San Miguel. Arriba: "Queremos que los niños estudien, becados por el gobierno para que cuando vuelvan acudan los doctores que curen a sus papás".

bien. Vamos a ver: ¿cómo anda el representante de ustedes? ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí: Rafael Banegas! ¿Vino por acá?

Saturnino. —Yo no lo he visto por aquí y no lo vi nunca. Lo juro.

Torrijos. —Tú no lo quieres a Banegas, ¿no es verdad?

Saturnino. —No eso, señor. Ocurrió que él no es mi candidato. Para mandar en el lugar yo no creo en esa persona, y como no creo en él, no lo veo.

Torrijos. —¿Cuándo vas a ser buen perdedor, Saturnino? Nunca te acostumbres a ser buen perdedor. Y ya me le estás tirando pismo al nombre porque no es tu candidato.

Saturnino. —Si tú no pierdes, Omar, yo tampoco pierdo. Pero no miento, porque si usted se pierde, general, yo y todos estos campesinos estamos perdidos.

Torrijos. —¿Qué les dije yo cuando tenían que elegir al representante? Voten por el mejor, voten por el que quieran, pero cuando lo elijan se terminará. Hay que creer en el hombre, porque hay que defender la comunidad, hay que defender la revolución. ¿Acaso alguno los presionó a ustedes para que voten por alguno?

Campesinos. —Nadie nos presionó, Omar.

Torrijos. —Les acabo de comprar otra vaca más, pero no me la manden para el matadero, porque se las traigo para que tengan un poco de leche y pueda reproducir, ¿entendido? No me la manden para el matadero. Otra cosa: tenemos buenos planes, pero ningún plan cami-

na rápido si ustedes no caminan rápido. En este gobierno lo único que ofrecemos es trabajo; si no trabajamos todos, nos vamos a tener que ir, porque eso es lo que están esperando los enemigos. Que nos agarré la siesta, y nos quedemos dormidos, y no trabajemos, para que después nos puedan acusar de vagos. Quiero decir otra cosa: me gustó mucho que cuando llegué todos estuvieran trabajando y no remoloneando. Eso me comprueba que ésta es una comunidad de campesinos que trabajan. Por eso yo nunca anuncio mis visitas, y vengo de sorpresa. ¿Qué tal les va con el enfermero?

Saturnino. —Hoy miemito no lo vi al enfermero. Y otra cosa: los otros días un señor que no está aquí ahorita se cortó con un alambre la cabeza y no pude encontrar al enfermero. Nosotros, para cumplir los planes de la comunidad, necesitamos remedios y al enfermero.

Torrijos. —Un momento, Saturnino, no te le tires. Quiero preguntarte dos cosas: ¿es competente el enfermero? ¿Le tiene cariño al campesino?

Campesinos. —Sí, pero tendría que estar más con nosotros.

Torrijos. —Por los remedios, quédense tranquilos. El helicóptero va a venir cada quince días y los va a traer todo lo que necesiten. Quiero repetirles que tenemos muchos enemigos. Hay hombres que progresan a costa del sacrificio de los que no progresan nunca. Para cuidar eso es que hicimos la revolución. Nosotros estamos para cuidarlos a ustedes. Hay que tener cuidado con

lo que dicen: que ésta es la finca del general, que le vamos a robar la cosecha... Pero ustedes no tienen que creer nada a esos que pierden el tiempo hablando. No son buenos panameños. Yo lo único que les pido es: crean en mi palabra. ¿A quién le ha robado el general? Sí, claro; les ha robado a los que no dejaban hacer el país, pero robamos para ustedes.

Saturnino. —El único gobierno que está ayudando al campesino es el del general Torrijos. Por eso yo digo: Dios en el cielo y Torrijos en el suelo.

Torrijos. —A mí me preocupa cuando un campesino cree que lo voy a explotar. Por eso, para que sepan cómo es el gobierno, quiero que estudien los hijos de ustedes, becados por el gobierno. Para que cuando terminen de estudiar regresen al lugar, estén con ustedes y les expliquen todo lo que aprendieron, y los ayuden a seguir trabajando para servir a la comunidad. Queremos que los niños de acá sean los doctores y los enfermeros que curen a sus papás de las enfermedades.

Campesino. —Yo digo que a Torrijos tenemos que cuidarlo porque es el único que viene a la montaña y nos explica las cosas, te gustan o no te gustan. Todos sabemos que hay un Dios y tenemos que respetarlo, pero también sabemos que está Torrijos y también tenemos que cuidarlo.

Torrijos. —No me compares, huevón. A ver si todavía el de arriba se cree que soy bueno y me llama pa' arreglarle unos asuntos.

Saturnino. —Tenemos que saber que Cristo también venía y le hablaba a la gente para que sepa y tomen conciencia, pero así le fue...

Torrijos. —Lo que pasa es que Cristo andaba sin revólver. Ahí, sepan una cosa: si se comprometen a trabajar y mandar a los hijos al colegio, yo me comprometo a cuidarlos.

Torrijos. —Dime, Saturnino, ¿ya te llevas bien con el cura?

Saturnino. —Al cura no lo tengo como enemigo. Lo que pasa es que yo creo en Dios sin tener que hablar con el cura. Además, él viene poco por acá. Una cosa: que el cura se ocupe de rezar, que del resto nos ocupamos los campesinos. Y si no, que rece, menos y que trabaje como trabajamos los campesinos.

Torrijos. —Tú tienes tus cosas buenas, pero en otras eres terco y no hay manera...

Saturnino. —Mire, general: a mí me enseñaron a ser terco y también a ser cristiano, pero soy terco y cristiano a mi manera. Yo creo en usted sin que usted me lo pida, ¿sabe?, porque yo lo veo pisar el mismo barro, comer el mismo arroz, y saber que a usted le gusta bajarse un cañazo igual que a nosotros. Entonces usted es igual a nosotros.

Torrijos. —Bueno, nos vamos; pero quiero que sepan, por fin, una cosa. Yo creo que ustedes son la revolución, y creo no equivocarme, y si me equivoco no me llame Omar Torrijos.



{Poco después nos dirigimos a otra localidad campesina situada a unos treinta minutos de helicóptero de San Miguel Arriba. Se llama Tolú y está ubicada en plena montaña. Para llegar desde allí hasta la ciudad de Panamá hay que caminar cuatro días. Sus habitantes desconfían de la política del gobierno, y no quieren cumplir con los planes impuestos por el Estado. Torrijos se hace acompañar por Saturnino, para que él mismo "les cuente cómo ve la experiencia revolucionaria")



Torrijos. —Cuando yo vine el primer día, ¿se acuerdan?, les dejé un hombre aquí, jefe del proyecto, para que llevara adelante la agricultura, y lo dejé intencionadamente para que se quedara más tiempo, para que ustedes pudieran ver qué clase de líder les dejaba, y creo que el hombre cumplió. Sí, Manuel cumplió. Cuando él vio que yo no lo mandaba el helicóptero para volver, se decidió y se volvió caminando, pero no para abandonar el lugar sino que vino a la ciudad para reclamarme machetes y semillas para Tolú. Esto me hace pensar que es un buen líder y que los quiere bien. Pero cuidado. Yo vengo para que todo el mundo hable; no quiero un pueblo que se queje a mis espaldas. Ese que así se queja no es un buen panameño. Acá hay que hablar lo que sienten, porque la otra vez, cuando vine, no me dijeron las cosas que tenían que decir, y a mí me parece muy mal porque tenemos que mirarnos de frente, a los ojos y no a las espaldas. Porque después me enteré que cuando me fui ustedes decían que les vamos a quitar las tierras, que el proyecto es de Torrijos, que los vamos a explotar. Si ustedes no confían en nosotros, nos vamos. Todo lo perdono, pero lo que no les perdono es que esto no me lo digan en la cara. Además: ¿a qué

campesino metí preso? ¿A qué campesino explotó yo? ¿A qué campesino ayudé con el interés de quitarle algo después? Esto es todo lo que piensan ustedes a mis espaldas, y no lo dicen. Entonces uno cree que las cosas van bien, pero no andan para ningún lado. Lo importante es que ustedes no están convencidos del plan, y yo vine para eso, para que me digan por qué no están convencidos, porque a lo mejor yo estoy equivocado, a lo mejor hay algo que no les gusta. Pero las cosas hay que decírlas acá y de una vez por todas. Y más con este gobierno, que da chance para que la gente hable.

Campesino. —Quiero decir que nosotros estamos con todo lo que sea mejor para la comunidad, pero todavía no nos dijeron bien qué es el plan; por eso, cuando usted se fue, nosotros hablamos.

Torrijos. —Hablen lo que quieran, pero un panameño habla de frente. Para eso es hombre. Además, si yo soy gobernante es porque así lo quisieron ustedes, y si no me creen es porque soy una autoridad con cara de embustero. Yo sólo estoy buncando una cosa: la verdad. Si el pueblo no habla es porque es un pueblo de capados, y creo que ustedes son muy hombres, qué carajo. Si vine hasta aquí es para ponerme al frente en la lucha de ustedes. Pero sin dudas, porque dudas es lo que quiere el enemigo. Y les pregunto: ¿mi gobierno ayudó más a los ricos o a los pobres?

Campesinos. —¡A los pobres!

Torrijos. —Acá les traigo uno de San Miguel Arriba para que les cuente en qué consiste el plan. Ellos también recibieron los planes del gobierno con desconfianza. Vamos, habla, Saturnino.

Saturnino. —Yo les voy a decir. Hace tres años la gente reculaba y no quería creer en lo que nos decía el gobierno. Nosotros empezamos

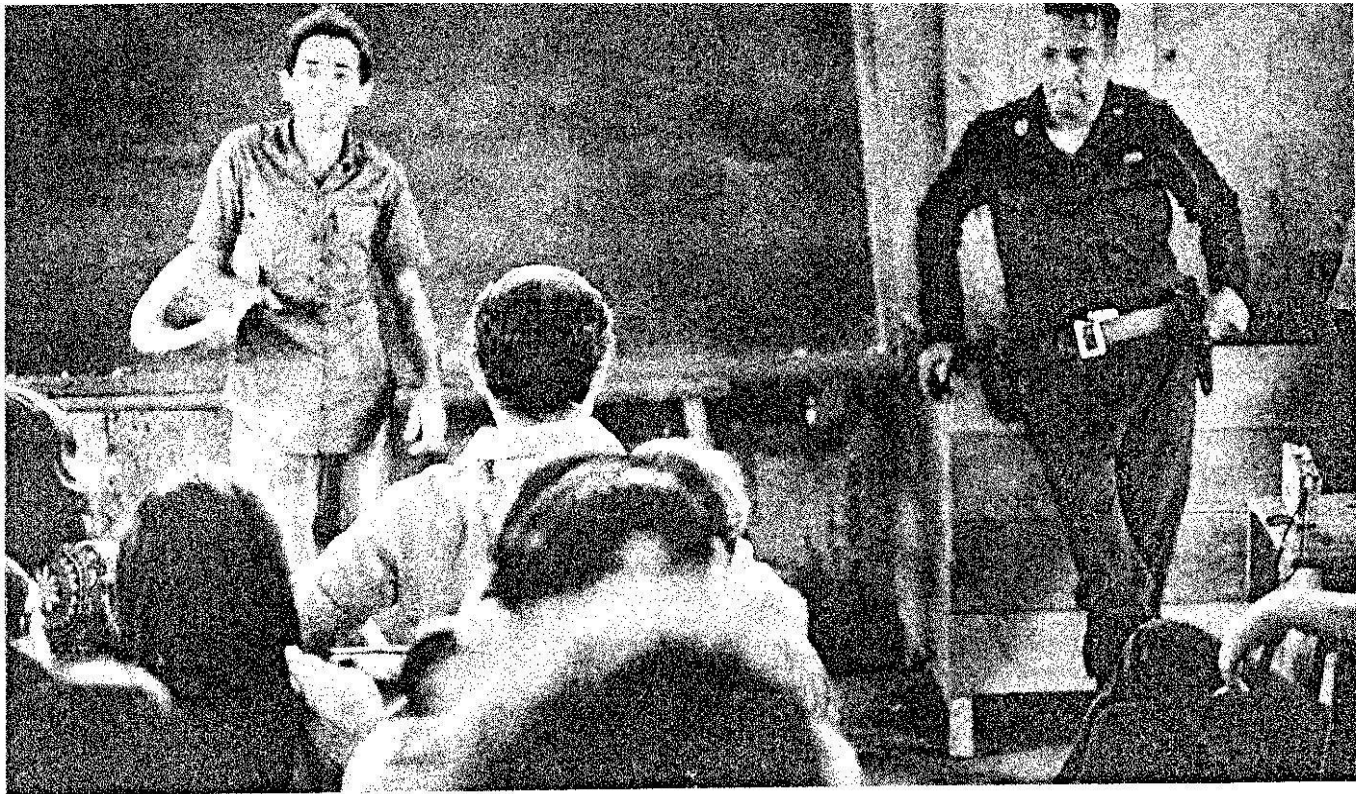
con dos cabezas de ganado y ahora tenemos quince. Miren, señores, tomen cuidado en lo que les voy a decir: desde que está el general es la primera vez que tenemos cuidados de los médicos y de la medicina, y después tendremos las carreteras, y después todo lo demás; pero primero es la medicina, y de eso se ocupó el general. El beneficio es para todos. Yo hace mucho que lo conozco a Omar y sé que él nos quiere, porque es muy difícil que la gente de la ciudad sea amiga del campesino, y Torrijos es amigo del campesino. Tengo un hijo que estudia becado; si no estuviera la beca mi hijo no podría andar estudiando. Esto es lo que les va a pasar a todos si están de acuerdo con el plan agrario. Busquen el beneficio para los hijos y no para uno, que ya estamos medio terminados. Hay que tener fe en Dios y la patria.

Torrijos. —Claro; ustedes tienen una duda y se preguntan: ¿y este hombre, por qué nos ayuda? ¿Qué interés tiene el general en ayudarnos si hace 60 años que nos vienen llevando lo poco que tenemos, y de golpe aparece un hombre y se preocupa por nosotros? Claro, ustedes con estas deducciones tienen desconfianza y no me creen. Pero yo vengo, y les doy la explicación porque es mi obligación. Me preocupo por ustedes porque así lo quisieron todos los panameños; y yo, como asumí el compromiso de cumplir con los campesinos, trato de no defraudar. Yo sé que es muy difícil que me crean, pero les pido que me den un poquito de tiempo, y van a ver cómo lo que digo es la verdad. A mí me duele mucho ver que están los niños enfermos, ver un campesino que no tenga trabajo y tener tanta tierra ociosa. Como me duele mucho ver que alguno cae preso porque le cae mal a la autoridad. Pero yo estoy para cuidarlos, pues para eso me pagan, y para eso ustedes me dieron el respaldo, porque nunca un pueblo le

dio tanto respaldo a un gobernante como a mí, y si ustedes me dieron muchos poderes, bueno, estoy para cumplir y no hacer pendejadas.

Campesino. —Bueno, señor general Omar Torrijos; yo soy un campesino de la comunidad, quiero también hablar unas cuatro palabras; a mí siempre me gustó hablar en las reuniones, puedo decir que hablar me gusta mucho. Cuando me refiero a las palabras que dicen los compañeros pienso, verdaderamente, cuando uno no conoce entonces desconfía, pero desconfía cuando le falta la explicación. Naturalmente, cuando el general ocupó la palabra, explicó. Y nosotros lo escuchamos; pero acá hay una cosa: ¿para cuándo vamos a tener un centro médico? Yo te digo, Omar, que necesitamos una asistencia médica pero que sea seria, porque no es el caso que ahora que hay tantas enfermedades no tengamos las medicinas y nos tengamos que morir así, como morir y nada más. Por último quiero decir, señor general, acá hay que conseguir una enfermera y algunas medicinas. Acá nosotros tenemos que conseguir poder enfermarnos para poder curarnos. Entonces pido perdón por estas mis palabras. Quiero que todos mis compañeros digan lo que sienten con el corazón de campesinos que tenemos todos aquí, y le brindemos al general nuestros pensamientos. Compañeros, la montaña es dura para trabajar, pero para eso tenemos que juntarnos y tenemos que perder todos juntos el miedo; el general nos pide que hay que creerle en su plan. Bueno, si nos promete las semillas y los machetes, nosotros, yo general, le creemos. ¿Qué me dicen, hermanos?

Torrijos. —Durante mucho tiempo estuve buscando un hombre que los quisiera y creo que Manuel los quiere bien. Digo una última cosa: hay que ponerse a trabajar, y trabajando se despejan las dudas. Las tierras son del Estado, y son para



Saturnino explica, en la escuela de Tolú, sus propias experiencias como líder de una comunidad campesina.

los que trabajan las tierras. Si ustedes van a trabajar mil hectáreas, van a tener mil hectáreas, pero si trabajan una van a tener una. Creo que lo que digo es bastante claro. Yo sé muy bien que todos ustedes son gente trabajadora; entonces hay que dejar de escuchar tonterías que en nada ayudan a la revolución. Otra cosa: me estuve enterando que tuvieron problemas con el maestro. ¿Se puede saber qué está ocurriendo?

Maestro. —Yo digo, señor general, que existen problemas de comunicación entre el maestro y los campesinos, pero yo estoy preocupado porque acá tenemos problemas con la leche.

Campesino. —Si me permiten, ocurre que el maestro se fue un miércoles y volvió unos días después. Entonces, nosotros, creímos que el maestro nos abandonaba, y dijimos: si él nos deja, ¿qué clase de maestros tenemos?; pero él vol-

vió y no nos dijo por qué se fue, y, claro, vino el problema, porque no hablamos para saber qué piensa cada uno. El problema con la leche es que teníamos poca y había que darles a los más niños, pero nosotros queremos que todos tomen la leche.

Maestro. —Sí, es verdad que yo me fui por unos días, pero fui a ver a mis papás, y tardé porque es un poco lejos, y no les avisé porque no sentía las ganas; además, porque

tengo problemas para que entiendan las cosas que yo pienso. Entonces me fui para pensar lo que tenía que hacer, y cómo debía portarme como maestro. Lo que quiero es que el pueblo me crea, y usted también, general; pero yo como maestro tengo mis ideas y ellos, como campesinos, tienen otras; pienso que lo mejor es que juntemos las ideas para el bien de todos.

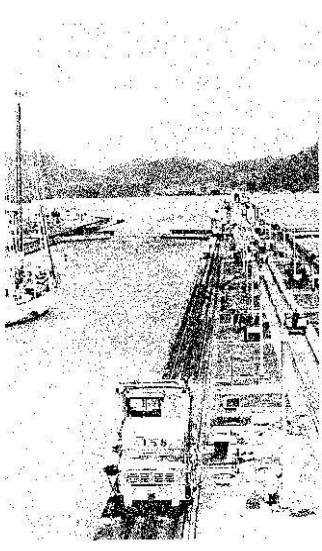
Torrijos. —Quiero que terminemos de conversar todos bien. Este problema entre el maestro y la comunidad tienen que resolverlo entre ustedes. Nosotros les mandamos el maestro para que todos los niños pudieran estudiar; entonces, por la seguridad de los niños y para que terminen de estudiar, ustedes se tienen que arreglar. Por último: quiero decirles que, como sabía que les hacía falta sal, les traje una bolsa; sé que no es suficiente, pero con esto les quiero demostrar nuestra preocupación por los campesinos. La revolución en lo primero que piensa es en el campesino y ustedes son, en última instancia, quienes tienen la última palabra. Porque si con el tiempo se va demostrando que no servimos, los campesinos de Panamá van a tener la obligación de encontrar otro general que les cumpla. Yo quiero cumplir con los campesinos y con el pueblo de Panamá. Todos tenemos que ayudarnos; los que no querían que fuéramos gente nos tuvieron durante 60 años durmiendo la siesta. Nosotros recién nos estamos levantando; pero cuando todos juntos despertemos, los hermanos de otros países van a saber que Panamá es un pueblo de cojones. Quiero que cuando vuelva todos estemos alegres con las cosas que conseguimos, así todos juntos nos vamos a sentar en el suelo para echarnos un buen cañazo. ■

PANAMA: EL PRECIO DE LA SOBERANIA

Si es verdad que la política es el arte de lo probable, según una clásica definición, es legítimo suponer que la ingeniería es la ciencia de la discordia. Al menos, si se tiene en cuenta lo ocurrido con el Canal de Panamá. Considerada como uno de los aportes tecnológicos mayúsculos del siglo, la vía que fue capaz de enlazar los dos océanos —el Pacífico con el Atlántico— generó al mismo tiempo un abismo entre dos naciones (Panamá y USA). Cuando el 12 de julio de 1920 se abrió oficialmente su curso "para todos los países del mundo", los bienintencionados estimaron que una era de concordia internacional estallaba en el planeta. Los hechos demostraron lo contrario. Siete Días se ocupó extensamente del conflicto al historiar el proceso madurado a lo largo de 69 años: desde la firma del tratado Hay-Bunau-Varilla, el 26 de febrero de 1904, hasta las instancias revolucionarias emprendidas por el general Omar Torrijos. De allí que centrar la atención sobre la trastienda del acuerdo no resulte ocioso para los panameños. Una de las ignominias más difíciles de soslayar es aquella que, bajo la presidencia de Belisario Porras, se consumó en las discusiones previas a la firma del tratado: Panamá debía invertir seis millones de dólares en

la compra de inmuebles en la ciudad de Nueva York, y pagar las consabidas comisiones a los agentes de bolsa estadounidenses, "antes de echar cualquier parruto o comentario al contrato".

En marzo de 1936, como una graciosa concesión, USA eleva de 250 mil dólares a 430 mil el canon anual;



en 1955, sube la tasa a 1.900.000. Estados Unidos, en igual ejercicio, percibe diez veces esa cantidad. El área total del Canal, equivalente al dos por ciento del territorio nacional, recibió una inversión del orden de 268.838.924,53 dólares desde 1904 —incluyendo en la misma no sólo las obras ingenieriles sino también las complementarias y auxiliares de navegación, tráfico, muelles, esclusas alternativas y civiles—. Desde esa fecha hasta hoy, el activo de la compañía administradora y de la gobernación de la Zona, en manos enteramente norteamericanas, excede los 660 millones de dólares. En otras palabras: USA recuperó su inversión original en el 300 por ciento tan sólo por el derecho de tránsito naviero. Al monumental guarismo se deben añadir las tasas de correspondencia, multas y otras entradas que el panameño común no puede imaginar a través del robusto enrejado que separa a su tierra con "el otro lado".

Y ese "otro lado" apenas escudriñado alberga algo muchísimo más fantasmal que meras (aunque óptimas) operaciones comerciales: en la zona del Canal hay vastas instalaciones militares, en apariencia defensivas. Resguardar el territorio de USA en Panamá es, de todos, el más hiriente acto de "imperialismo disfrazado de benefactor", según Torrijos.